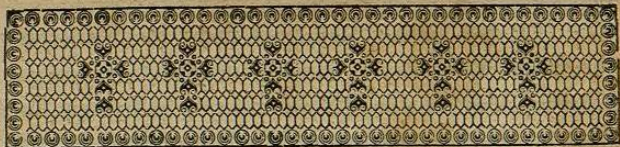




1 Mujer del Xequé 2 Mujer Tarrea. 3. Arabe Petreo.



CAPITULO XXVI.

MAR MUERTO.

BAJAMOS de la cima del monte para pasar la noche en las orillas del mar Muerto, y subir hacia el Jordán. Al entrar en el valle se apiñó nuestra pequeña tropa: los betlemitas prepararon sus fusiles, y caminaron delante siempre con la mayor precaucion, pues nos hallábamós en el camino que traen los árabes del desierto que vienen á buscar sal al lago, y los cuales persiguen cruelmente á los caminantes. El frecuente trato de los beduinos con los turcos y los europeos comienza á empeorar sus costumbres, pues ahora prostituyen sus hijas y mugeres, y degüellan al caminante á quien ántes se contentaban con ro-

bar. De este modo caminamos unas dos horas con pistolas en mano como en pais enemigo, siempre por entre los arenales y las hendiduras que se habian formado en aquel légamo recocado por los rayos del sol. La arena, cubierta con una costra de sal, parecia un nevado campo en el que se distinguian algunos arbustos muy enanos. De repente llegamos al lago; y digo, de repente, porque me creia muy distante aún, á causa de que ningun ruido ni frescura me habia indicado que estuviere cerca de él. Su pedregosa orilla abrasaba: el agua no tenia movimiento alguno, y parecia enteramente muerta.

Ya habia cerrado la noche, y la primera cosa que hice al apearme fué meterme en el lago hasta las rodillas, y llevar el agua á la boca, que me fué imposible detener en ella, pues era mas salobre que la del mar, y produjo en mis labios el efecto de una fuerte disolucion de alumbre. Apénas se secaron mis botas, cuando se cubrieron de sal; y las ropas, los sombreros y las manos, se nos impregnaron de este mineral en menos de tres horas. Ya habia notado este efecto Galeno, y lo ha comprobado Pococke.

Nos acampamos á la orilla del lago, y los betlemitas hicieron lumbre para disponer el café. No les faltaba leña, pues la orilla estaba llena de ramas de tamarindos traídas por los árabes, porque estos, ademas de la sal que allí hallan enteramente formada, la sacan tambien del agua por medio de la ebulcion. Y tal es la fuerza del hábito, que mis betlemitas que hasta

entónces habian caminado por el campo con suma prudencia, no temieron encender una lumbre, por la que fácilmente podian ser descubiertos. Uno de ellos se sirvió de un medio bastante ingenioso para que tomase cuerpo la llama, y fué ponerse encima de la hoguera cubriéndola con su ropa, que al instante hinchó el humo, y levantándose de pronto, el aire, aspirado por esta especie de bomba, hizo salir una llama muy viva. Luego que hubimos tomado el café, se durmieron mis camaradas, y me quedé solo y despierto con los árabes.

A cosa de media noche oí algun ruido en el lago, y los betlemitas me dijeron que eran cuadrillas de pececillos que venian á saltar á la orilla, lo cual destruiria la opinion general de que el mar Muerto no sufre nada vivo. Hallándose Pococke en Jerusalem oyó decir que un misionero habia visto algunos peces en el lago Asfalto. Hasselquist y Maundrell encontraron algunas conchas en su orilla. Mr. Seetzen, que actualmente recorre (en 806) la Arabia, no ha hallado en el mar Muerto ni hélices, ni almejas, pero sí algunos caracoles.

Pococke hizo analizar una botella de agua de este mar. En 1778 los señores Lavoisier, Macquer y Sage, repitieron este análisis, y demostraron que el agua contenia por quintal, cuarenta y cuatro libras y seis onzas de sal, á saber, seis libras y cuatro onzas de sal marina comun, y treinta y ocho libras dos onzas de sal marina con base terrea. Ultimamente Mr. Gordon hizo hacer en Lóndres la misma esperiencia. „La pesantez

especifica de esta agua (dice Mr. Malte-Brun en sus anales) es de mil doscientos once, siendo mil la del agua dulce: es perfectamente transparente. Los reactivos demuestran en ella la presencia del ácido marino y del ácido sulfúrico; no tiene alumbre; no está saturada de sal marina; no muda los colores como el de tornasol ó el de violetas. Tiene en disolucion las substancias siguientes, en las proporciones que vamos á indicar.

Muriato de cal . . .	3.920
De magnesia	10.246
De Sosa	10.360
Sulfato de cal . . .	0.054

24,580 sobre 100.

Estas substancias estrañas forman, pues, cerca de una cuarta parte de su peso en el estado de perfecta desecacion; pero desecadas solo á ciento ochenta grados (Fahrenheit) forman cuarenta y uno por ciento. El mismo Mr. Gordon que trajo la botella de agua analizada, ha comprobado que los hombres se sostienen sobre aquella agua sin saber radar.

Tengo un frasco de hoja de lata lleno del agua que yo mismo cogí en el mar Muerto, que aun no he destapado, é infero que se ha disminuido algo. Querria repetir la esperiencia que propone Pococke, de echar algunos pececitos del mar en esta agua, y ver si podian vivir en ella; pero habiéndome impedido otras ocupaciones el hacerla hasta ahora, temo que ya sea tarde.

La luna salió á las dos de la mañana, y se levantó

entónces una fuerte brisa, que no refrescó el aire, pero conmovió un poco el lago. Las olas cargadas de sal, pronto caian por su propio peso sin casi azotar la orilla. Un ruido lúgubre salia de este lago de muerte, como si fuesen los ahogados gritos del pueblo que se abismó en sus aguas.

Apareció la aurora sobre los montes de Arabia, que teniamos al frente, y cubrió de un hermoso color al mar Muerto y al valle del Jordan; pero que servia solo para que resaltase mas el horror de todos aquellos parages.

El famoso lago, que ocupa el sitio donde estuvieron Sodoma y Gomorra, lo llama la Escritura mar Muerto ó mar Salado; los griegos y los latinos Asphaltites, los árabes Almotanah y Bahar-Loth, y los turcos Ula-Degnisi. No puedo ser de la opinion de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcan. He visto el Vesubio, la Solfátara, el monte-Nuovo en el lago Fusino, el Pico de las Azores, el Mamelifo enfrente de Carthago, y los volcanes apagados de Auvernia; y en todos ellos he notado los mismos caracteres, es decir, montañas en forma de embudo, lavas y cenizas, en las que claramente se reconoce la accion del fuego. Al contrario, el mar Muerto es un lago muy prolongado que se encorva como un arco, encajonado entre dos cordilleras de montes, que no se semejan en la forma ni en la calidad del terreno. No se juntan á los dos extremos del lago, pues por un lado siguen la direccion del valle del Jordan, acercándose hácia el

Norte hasta el lago de Tiberiades: por el otro lado van apartándose hasta perderse al Mediodía en los arenales del Yemen. Verdad es que en la cordillera de los montes de Arabia se hallan betun, aguas calientes y piedras fosfóricas, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Además de esto, el encontrarse aguas termales, azufre y asfalto, no basta para demostrar la existencia anterior de un volcan; por manera que en este punto no se necesita recurrir á la física, y debemos atenernos al literal sentido de la Sagrada Escritura. Además de esto, si admitimos la opinion del profesor Michaelis y del sabio Büsching en su *Memoria sobre el mar Muerto*, puede recurrirse también á la física en la catástrofe de estas ciudades culpadas, sin oponerse á la religion. Sodoma estaba edificada sobre minas de betun, como se sabe por el testimonio de Moises y de Josefo, que hablan de los pozos de betun del valle de Siddim. El rayo del cielo encendió estas minas, y las ciudades se hundieron en este incendio subterráneo. Mr. Malte-Brun sospecha que los edificios de estas ciudades podian haber sido de esta misma piedra bituminosa, que se incendiase con el fuego que cayó del cielo.

Strabon habla de trece ciudades sepultadas en el lago Asfalto, Esteban de Byzancio cuenta ocho; el Génesis nos dice que habia cinco ciudades que son Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Bala ó Segor; pero solo indica las dos primeras como destruidas por la cólera celeste; el Deuteronomio cita cuatro, que son Sodoma,

Gomorra, Adama y Seboin; y el libro de la Sabiduría cuenta cinco sin nombrarlas: *Bajando fuego sobre las cinco ciudades*.

Habiendó observado Jacobo Cerbo que caen en el mar Muerto siete grandes corrientes de agua, Relando, concluyó que este mar espelia sus aguas sobrantes por medio de algunos canales subterráneos, opinion que adoptaron Sandy y algunos otros viageros; pero en el dia no se sigue segun las observaciones del Dr. Halley acerca de la evaporacion; observaciones admitidas por Shaw, el cual dice no obstante que el Jordan vierte al dia en el mar Muerto una cantidad de agua igual á seis millones noventa mil barricas, sin contar las aguas del Arnon y de otros siete arroyos. Muchos viageros, entre ellos Troilo y d'Arvieux, dicen haber visto ruinas de murallas y de palacios en las aguas del mar Muerto, lo cual lo comprueban tambien Maundrell y el padre Nau. Los antiguos afirman esto aun mas positivamente: Josefo, que se sirve de una espresion poética, dice que se descubren á las orillas del lago las *sombras* de las ciudades destruidas. Strabon dice que las ruinas de Sodoma tienen sesenta estadios de circunferencia. Tácito habla de ellas. No sé si aun permanecen, pues que no las he visto; pero como las aguas del lago suben ó bajan segun las estaciones, pueden ocultar ó descubrir alternativamente los esqueletos de las ciudades reprobadas.

Observaciones mas exactas han desvanecido otras maravillas que se contaban del mar Muerto. Se sa-

be en el día que los cuerpos sobrenadan, ó se sumergen en ellas, segun las leyes de la gravedad de estos mismos cuerpos y de la agua del lago. Los pestíferos vapores que se decia exhalaba, se reducen á un fuerte olor de marengo, á humaredas que preceden ó siguen á la emersion del asfalto, y nieblas en verdad dañosas, como lo son todas. Si los turcos permitiesen que se llevase un barco desde Jafa al mar Muerto, no hay duda que se podrian hacer en este lago curiosos descubrimientos. Los antiguos le conocian mejor que nosotros, y nuestros antiguos mapas presentan mejor su figura que los modernos. Hasta ahora nadie ha recorrido todas sus orillas sino Daniel, abad de San Sabá, cuya relacion copia Nau en su viage; y por él sabemos que el mar Muerto se separa al fin en dos, teniendo un camino por donde se le pasa, llegando el agua á media pierna, á lo ménos en verano; que allí se levanta el terreno, y circuye á otro lago pequeño, de figura redonda un poco ovalada, y cercada de llanuras y montañas de sal; y que aquellos campos están poblados de innumerables árabes. Casi lo mismo dice Nyemburgo; y de estas noticias se valieron el abate Mariti y Mr. de Volney. Es de creer que tengamos mayores luces cuando se publique el viage de Mr. Seetzen.

Casi no hay lector alguno que no haya oido hablar del famoso árbol de Sodoma, el cual dá unas manzanas de muy hermosa vista, pero amargas al comer, y llenas de cenizas. Tácito en el quinto libro de su *Historia*, y Josepho en su *Guerra de los judíos*, creo que

son los dos primeros autores que han hecho mencion de esta estraña fruta del mar Muerto. Foulcher de Chartres, que estuvo en Palestina hácia los años 1100, vió la engañosa manzana, y la comparó con los placeres mundanos. Desde entónces unos viajeros como Cerverio de Vera, Pedro de la Valle, Troilo y algunos misioneros comprueban esta relacion; pero otros como Relando, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto no es mas que una imágen poética de nuestras falsas alegrías, otros, en fin, como Poccocke y Shaw, dudan absolutamente de ello.

Amman parece cortar la dificultad, pues describe el árbol diciendo, que se semeja al espino blanco ó pirli-tero. Pero el botanista Hsselquist lo contradice, asegurando que la manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino del *solanum melongena* de Linneo, y añade lo siguiente: „Se hallan muchas cerca de Jericó en los valles contiguos al Jordan, en las cercanías del mar Muerto: es verdad que á veces están llenas de polvo, pero esto solo sucede cuando las entra un insecto [*Tenthredo*] que convierte todo lo interior en polvo, dejando solo el pellejo entero, y sin perder nada de su color.”

Con esta autoridad, y la mayor aún de Linneo en su *Flora Palaestina*, parecia decidida la cuestion. Pero nada de esto, pues Mr. Seetzen, que tambien es un sabio y el mas moderno de todos estos viajeros, como que actualmente está en Arabia, no conviene con esta opinion y dice: „Vi durante mi permanencia en

Karrak, casa del cura griego de esta ciudad, una especie de algodón semejante á la seda, y me dijo el cura que se hallaba en la llanura El-Gor, á la parte oriental del mar Muerto, en un árbol semejante á la higuera, y cuya fruta se parece á la granada. Dentro no tiene carne, ni es conocido en lo demas de Palestina, y creí que pudiese ser muy bien la famosa manzana de Sodoma."

Entre tantas dudas, yo tambien creo haber encontrado esta fruta tan buscada: el arbusto que la produce crece en todo aquel terreno que está á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordan: es espinoso, y sus hojas son delgadas y menudas: se parece mucho al que describe Amman: su fruta en el color y figura es como un limoncillo de Egipto. Cuando aun no está madura se halla llena de una savia corrosiva y salada, y cuando está seca dá una semilla negruzca que podemos comparar con las cenizas, y su gusto al de la pimienta amarga. Cogí una media docena de estas frutas, y aun tengo cuatro secas y bien conservadas, que pueden fijar la atencion de los naturalistas.

LA DESTRUCCION DE SODOMA.

ODA.

Era Siddim un valle delicioso
Poblado de frondosos tamarindos,
De palmeras de copas resonantes,
De naranjos altísimos y lindos

Con flores, frutos y hojas elegantes.
Aguas limpias á par de bullidoras
Le regaban, formándole lagunas
Do jugaban las aves nadadoras
Entre juncias y cañas y ninfeas.
En las verdes y fértiles orillas
De los lagos y arroyos, descollaban
Al lado de retamas amarillas,
Entreabiertos los húmedos botones
De lirios y de adelfas, y de rosas,
Encanto de las bellas mariposas:
Las hojas de los plátanos sonaban
Al tocarlas las alas bulliciosas
De los zéfiros blandos que pasaban.
En este valle de delicias lleno
Alzábanse bellísimas ciudades,
En cuyo blando y opulento seno
Todo brindaba á lúbricos placeres.
Mirábanse en los mágicos jardines
Al deleite y al ocio consagrados,
En medio de blanquísimos jazmines,
Los bellos amarantos matizados,
Las flores encendidas del hibisco,
Y los jacintos de color de cielo:
Verde emparrado les prestaba sombra,
Sombra cambiante en el florido suelo.
Aquí la flauta y cítara sonaban,
Y cantos deliciosos de alegría:
A su grato compaz, libres danzaban

Los jóvenes ardientes á porfía,
 Coronados de mirtos y amapolas.
 Deshojaban las rosas encarnadas
 En anchas copas de sabroso vino,
 Que al instante quedaban apuradas.
 Crece el contento y el delirio crece,
 Animanse los ojos, y la risa
 En los férvidos labios aparece.
 Hierve la sangre en las hinchadas venas,
 Míranse todos con ardiente anhelo:
 He levantado la mitad del velo,
 Quédese oculto lo demas del cuadro.
 Aqueste pueblo que el pudor mancilla,
 Duro, orgulloso y á la par impío,
 Nunca jamas hincaba la rodilla
 Ante el Supremo Ser, ni del incienso
 Se elevó de su altar el humo denso,
 Ni presentó la tórtola sencilla
 En sacrificio al Hacedor inmenso.
 Los clamores sin número llegaron
 De crimen tanto al diamantino cielo:
 A Sodoma los ángeles bajaron
 A saber la verdad de los delitos,
 Y seguros de todo, en raudo vuelo
 Se alzaron mas allá de las estrellas.
 ¡Ay de Sodoma y de sus hijas bellas!
 Entónces fué cuando Jehováh tremendo
 Se precipita desde el ancho espacio
 Cual meteoro abrasador y horrendo:

Desciende en querubines voladores,
 La tempestad le sigue con estruendo,
 Los torbellinos son sus batidores
 Lanza fuego su boca, y de sus ojos
 Fuego lanza tambien, y le rodea
 Tiniebla espesa entre celages rojos,
 Y á su presencia el *Valle de los bosques*
 Tiembla con sus ciudades delincuentes.
 Dá Jehováh la señal, y azufre y llamas
 Baján desde las nubes á torrentes,
 Y pedrisco y carbones encendidos:
 Sulca el aire el relámpago, y retumba
 El espantoso trueno en los egidos:
 La tierra se estremece, y se abre, y brama,
 Brota fuego y betun de su ancho seno,
 Lava encendida hirviendo se derrama
 Sobre ese valle tan feraz y ameno,
 Y arrasadas quedaron sus ciudades
 Bajo las aguas de un salobre lago;
 Solo el piadoso Lot con su familia
 Pudo escapar del formidable estrago.
 Entónces Dios en medio del su estruendo,
 Y cubierto de cárdenos nublados,
 Vuélvese al cielo en huracan tremendo.
 El padre Abram en tanto desde léjos
 Las llamaradas trémulo miraba,
 Como de horno espantoso que lanzaba
 Pavesas entre pálidos reflejos.
 Desde entónces se mira allá en el fondo

Un valle triste, solitario y hondo
 Entre dos cordilleras destrozadas:
 Abras se ven allí, peñascos altos
 De pedernales, pómez y basaltos
 Ahumados con las grandes llamaradas.
 De allí se baja al valle mas oscuro,
 De sal cubierto y vastos arenales,
 Donde de trecho en trecho nace apenas
 Cardo silvestre y duros espinales.
 Entre piedras y estériles arenas
 El soberbio Jordan, turbio y sombrío,
 Arrastra melancólico sus aguas,
 Cuya desierta márgen entristecen
 Pálidas cañas que humedece el rio.
 Los abrasados campos de ceniza
 Así atraviesa lento y á sus solas,
 Y en el lago mortífero derrama
 Lánguido y triste sus cansadas olas.
 Al fin se llega á la espantosa orilla
 De aquel lóbrego mar, cuyo silencio
 Aterra al mismo tiempo y maravilla.
 Jamas se escucha allí ningun gorgojo
 Siquiera de la amable golondrina,
 Ni del halcon marino el aleteo,
 Ni el grito de la acuática gallina;
 Solo se oye el monótono golpeo
 De las pesadas y salobres olas
 En las rocas basálticas del lago,
 Do depositan el asfalto vago.

En sus aguas inmóviles y obscenas
 Mal se alimentan sus pequeños peces
 Y alguna concha y caracol apenas,
 Y todo lo demas es un desierto
 Dentro y fuera de un mar callado y muerto.
 Es fama que en sus aguas solitarias
 Se descubren las ruinas silenciosas
 De las ciudades muelles y nefarias:
 Y columnas, y templos abatidos,
 Torres altas, con arcos derrumbados
 Y con la antigua llama denegridos.
 Al mirar tanto escombros amontonado,
 Se creyera escuchar los alaridos
 De aquel pueblo en las aguas sepultado.
 Quédate, oh valle, pavoroso y triste,
 Quédate á solas con tu muerto lago:
 ¡Qué diverso te ves de lo que fuiste!
 ¡Cómo te puso el espantoso estrago!

